

mentarse tambien en la ciudad de Celaya, donde obtenida tambien este año la licencia, comenzó á leer gramática el padre Agustin Mesa.

A 9 de julio, falleció en el colegio de S. Gregorio el padre José María de Guevara, natural de México. Renunció los lustrosos empleos que por la línea de las cátedras le prometian sus grandes talentos por dedicarse enteramente al servicio de los indios, en que se mantuvo por mas de diez y ocho años. Desde muy niño, parece lo escogió el Señor para operario de este colegio, inspirando á su devota madre, que luego recién nacido, viniese á ofrecerlo á la Santísima Virgen en la santa Casa de Loreto. El venerable padre Salvatierra, predijo en términos formales que aquel niño habia de entrar en la Compañía. Para conseguirlo, tuvo que luchar algun tiempo con la opuesta resolucion de su padre que venció finalmente, huyéndose de su casa á nuestro noviciado de S. Andrés, donde ya desde mucho ántes seguia en hábito secular toda la distribucion de novicio. Fué notable el fervor con que se ofreció entre los primeros al padre visitador Manuel Piñero, para pasar á Filipinas: la constancia con que segun el orden del padre visitador trabajó por conseguir á este fin la licencia de su madre, y el desinterés, pobreza y caridad con que deshecho el viage, hizo que se repartiese entre los pobres cuanto el maternal amor le habia prevenido. Viéndose en S. Gregorio entre sus amados indios, no es ponderable la suavidad y ternura con que los atraia á la frecuencia de Sacramentos y práctica de la virtud. Vivía cuasi de continuo en la iglesia por las mañanas, desde la hora en que se abria hasta las doce, sin mas interrupcion que la de un ligero desayuno, y dos ó tres horas bastantes veces sobre tarde. Conservó, segun el juicio de sus confesores, intacta hasta la muerte la pureza virginal, y en su entierro el luto y lágrimas de los indios fueron solemne testimonio del amor y veneracion que tuvieron siempre á tan fervoroso operario.

No fué ménos sensible en el colegio de S. Ildefonso de la Puebla la falta del humilde y devoto padre José Aguilar, natural de Durango. Once años se ocupó gloriosamente en una de las misiones de Tarau-mara, que pidió á los superiores fuese la mas trabajosa y la mas pobre. Treinta y cuatro en la Puebla en continuo ejercicio de devocion y caridad. Toda la semana tenia distribuida en este género de ocupaciones. Los domingos con los niños de las escuelas salia cantando la doctrina por las calles, que luego hacia la esplicacion con exhortacion moral en la plaza. Los lúnes iba á la casa de las recogidas, don-

de confesaba y hacia pláticas. Los miércoles y sábados á los convictorios ó colegios de niñas. Los martes y viérnes á las cárceles y hospitales. El tiempo que le sobraba de estas tareas lo ocupaba en rezar el rosario en la hermosa y magnífica capilla del convento de Sto. Domingo. Todo el tiempo que vivió en la Puebla, asistió á los ajusticiados; jamás omitió el santo sacrificio hasta dos dias ántes de morir: rezó siempre de rodillas el oficio divino, el parvo de la Santísima Virgen, la Piisima de S. Buenaventura, y otras innumerables oraciones, para las cuales no bastándole por los ministerios el dia, empleaba en el coro gran parte de la noche. Fué varon verdaderamente humilde, preciándose de ser coadjutor espiritual, y quejándose amorosamente á los superiores cuando señalaban algun otro para las confesiones nocturnas ó para algun otro ministerio de incomodidad y trabajo. El Illmo. Sr. D. Juan Antonio Lardizabal, le visitó en su última enfermedad, sintiendo perdiese su diócesis tan incansable obrero. La esclarecida religion de Sto. Domingo hizo con el humilde padre demostraciones nunca vistas, ni despues usadas aun con las personas de la primera gerarquía. En el primer sábado en que por su enfermedad no pudo ir al rosario y letanías que se cantan á la Santísima Virgen en su capilla, echándolo ménos aquellos padres, vinieron en comunidad á cantárselas á su pobre aposento, y despues el credo. Finalmente, se encargó la misma nobilísima familia de su entierro, honrando así el Señor y su Madre Santísima á uno de sus mas amantes siervos. Falleció el padre José de Aguilar el dia 14 de marzo.

Pasó de esta vida el mismo año en la villa de Sinaloa el padre Antonio de Urquiza. Este sugeto es incontestablemente uno de los mayores que ha tenido nuestra provincia en lo heróico de sus virtudes y dones divinos, y poco conocido al mismo tiempo por no haberse impreso su carta de edificacion que suponemos se escribiria al tiempo de su muerte. El padre Juan Antonio Baltazar, visitador de las misiones, procuró juntar algunas noticias de su admirable vida, de las cuales se formó la memoria que de él se hace en nuestro menologio; pero no bastando esta para la alta idea que nos hemos formado de su mérito, y creyendo que no será desagradable á nuestros lectores salir esta vez de nuestro método en los elogios de los varones ilustres, determinamos dar aquí un extracto de lo que hemos podido hallar en este asunto.

Era el padre Antonio de Urquiza natural de Bilbao y bautizado en la parroquia de S. Sebastian. Se sabe haberse criado, por muerte de

Muerte y elogio del padre Antonio Urquiza.

sus padres, á la sombra y amparo de un tío suyo, eclesiástico, y que procuró este inclinarlo á prácticas de devocion y culto divino. De sus estudios, vocacion á la Compañía y pasaje á Indias, no se sabe cosa alguna fija. Un manuscrito de aquel tiempo conjetura haber venido en la mision del padre Pedro de Echagoyen; pero esto no pudo ser, porque del libro de bautismos del pueblo de *Ocoroiri* consta que administró aquel partido desde el año de 1688, en el cual tiempo no habia aun ido á España el padre Echagoyen que fué elegido procurador en 1680. Lo cierto es que en esta provincia se ordenó de sacerdote, é inmediatamente fué destinado á misiones á los veinticinco años de su edad, donde estuvo hasta los ochenta y seis que pasó á lograr el premio de sus apostólicas tareas. Administró en este tiempo los diversos partidos de Chicorato, Oguera, Bamóá, Nio, Guazave y Tamazula, aunque la mayor parte en Ocoroiri. En tantos años fué uno siempre el tenor de su vida. Levantábase muy temprano (dice un manuscrito dirigido sin nombre de su autor al padre Mateo Ansaldo) y nadie podia saber su hora, porque cuando estaba en el colegio de Sinaloa á la media noche se iba á la iglesia hasta la alba. Al salir decia la misa, salvo los dias de fiesta que por esperar al pueblo la decia mas tarde, y en esos dias predicaba siempre dos sermones, uno en el idioma del pais y otro en castellano. Daba gracias y tomaba un leve desayuno: se iba otra vez á la iglesia con el breviario y algun libro espiritual, donde en el rezo, leccion ó meditacion gastaba toda la mañana, si alguna cosa urgente de la caridad ó de la obediencia no le hacia interrumpir. Siendo ya de ochenta años se quejó en cierta ocasion que ya no podia estar de rodillas tres y mas horas como en otro tiempo cuando la continuacion le habia hecho crear callos en las rodillas como á Santiago Apóstol. En esta su oracion se transportaba tanto, que muchas veces no atendia á lo que pasaba en la iglesia, y otras prorrumpia en cánticos espirituales con tanta fuerza de espíritu que añadia á una voz suave, entera y argentada, que aun cerrada la iglesia se oia á alguna distancia. La materia de estos cánticos eran, ó los salmos ó himnos del breviario por lo comun, ó algunas otras alabanzas de Dios y de su Madre Santísima y del Santísimo Sacramento, en castellano unas veces, otras en latin, tal vez en mexicano, y muchas mas en vascuence, tomadas de los soliloquios de S. Agustin, los cuales, el Kempis y el breviario eran sus únicos libros. Los capitanes D. Sebastian Lopez de Ayala y D. Pedro Cuello, no se esplican sobre este punto sino diciendo que el padre

Urquiza estaba siempre en la presencia de Dios, que siempre estaba en oracion, que vivia en la iglesia y en el coro de dia y de noche.

Con este espíritu de oracion no será de admirar el profundo silencio y recogimiento que observó toda su vida. Jamás tuvo familiaridad con persona alguna, ni hay ni habrá, dice el padre Ignacio Duque que concurrió con él cuatro años, quien diga que siquiera por el corto espacio de un cuarto de hora ó menos le oyó conversacion seguida ó hilada. Sus palabras eran siempre muy medidas, cortadas, y como de quien estaba atendiendo siempre á otra cosa. Con los seglares y gente de su partido, aunque fuesen de los mas autorizados, como alcaldes mayores ó capitanes del presidio, despues de las saluciones comunes, eran sus únicas palabras.... El corazon en Dios.... el corazon en Dios. Jamás tuvo cuidado alguno de cosa temporal, fiado enteramente en el amor de sus indios, de quienes recibia su corto y grosero alimento. Por esto quiso vivir siempre en las dos misiones mas pobres de toda la provincia, donde no tenia fondos que cuidar, y habiéndolo mudado á otras mas acomodadas, luego propuso á los superiores volverse á aquellas, echando menos las incomodidades y estrechez de su primera morada; pero la falta de lo temporal la suplía Dios con la abundancia de celestiales consuelos. La pobreza no podia ser mayor: yo (dice el citado padre) estuve con él cuatro años; ví su mision y su aposento, me hallé á su entierro, nunca ví sino el crucifijo, rosario, breviario, soliloquios de S. Agustin, y el librito de *Contemptus mundi*. Llegó en esta materia á lo sumo de no tocar aun con sus manos la moneda. La limosna anual que da el rey á los misioneros, hacia que se entregase á los fiscales indios de los pueblos, sin tomar para sí un medio real. Ignoraba enteramente el valor de la plata. Hubo ocasion que dándole una piedra de mina de valor de tres ó cuatro pesos, el santo hombre la dió al conductor de las platas que venia á México encargándole una memoria de géneros de los que usaban los indios que importaba mas de cien pesos. El conductor, admirado de su sencillez, se valió de la ocasion para hacer á su pobre partido aquella limosna, quedando el padre muy satisfecho de que le habia costado su dinero.

El general D. Andres Rezabal, que mandaba los presidios de aquella provincia, por la singular veneracion que tenia al padre Antonio, habia procurado muchas veces hacerle recibir alguna cosa en dinero ó efectos; pero siempre en vano, porque ó no lo admitia, ó lo enviaba luego sin verlo al padre rector de Sinaloa. Sabiendo despues el con-

ductor de las platas lo que le había pasado con el padre, quiso valerse de este medio para socorrerlo en sus graves necesidades. Le hacía dar por tercera mano algunas pedrezuelas de aquellas instruyendo al donador que dijese al padre que en la tienda de D. Andres Rezabal darian por aquella piedra estos y los otros efectos. Enviaba allá el padre y el piadoso general tenia el consuelo de vestirle á sus indios ó hacer alguna cosa que necesitaba; añadia algun chocolate y algunas otras cosas, tanto que el hombre de Dios llegó á preguntarle *si tanto valian aquellas piedras*. D. Andres solia responderle que aun todavía le quedaba á deber, para poderle enviar mas. Otras veces le decia que ya no quedaba en su poder cosa alguna, y de allí á algun tiempo volvía á enviarle otra piedra. En estos y otros muchos casos semejantes convienen cuantas personas le trataron, religiosas y seglares. Con la misma exactitud que su pobreza, observaba la castidad y la obediencia, los ojos ó cerrados ó en el suelo. Su misma simplicidad y candor le hizo confesar que en esta materia lo mas sublime y elevado de esta bellísima virtud era el no sentir aun las tentaciones y primeros movimientos de la sensualidad. Confesando algunas de estas culpas los penitentes, les decia con admirable sinceridad... Amen á Dios: *¿cómo yo no he sentido jamás esas cosas?* De su obediencia baste decir que era fundada sobre la admirable sencillez de su corazon, dejándose gobernar como un niño de su madre sin proponer cosa alguna sino lo que pudo serle de alguna comedidad cuando lo sacaron de su pobre mision de Ocoiroi. Era tal el respeto y veneracion que tenia á los superiores, que hasta ahora (dice un padre su comisionero) no he visto niño alguno mas ajustado ó temeroso ante su padre ó maestro como lo estaba el padre Antonio ante su rector. Usaba un medio virrete viejo de paño, y cuando se ofrecia entrar á ver al padre rector, mucho ántes se lo quitaba y lo tenia en la mano hasta que volvía á salir. Por muchas instancias que se le hiciesen jamas se cubria la cabeza, ni tomó asiento delante de superior alguno. Pasando ya ochenta años, cuando ya no podia andar sino cargado en hombros de indios, venia sin embargo cuando lo llamaban á algunas fiestas al colegio de Sinaloa á que solian concurrir anualmente los demas misioneros vecinos; en estas ocasiones, atendiendo á su edad y enfermedades, solia detenerlo el padre rector algunos dias, y aun meses. Obedecia ciegamente el bendito padre; pero sus indios, poniéndolo en un tapextle ó lecho portátil, cargaban con él ocultamente y lo llevaban á Ocoiroi, edificándose to-

dos los sugetos, no menos del hurto piadoso de los buenos indios, que de la amable mansedumbre y sencillez del padre.

Estas singulares virtudes manifestó el Señor cuanto le agradaban con algunos sucesos admirables que le conciliaron á su humilde siervo mucha veneracion y una comun y constante fama de santidad. Diciendo misa en la iglesia de Sinaloa el dia de S. Miguel Arcángel del año de 1717, repentinamente quedó transportado y como fuera de sí por largo rato. Luego, volviéndose al pueblo con rostro encendido dijo con gran fervor. Ayer se arruinó la ciudad de Guatemala; Dios está muy airado por nuestras culpas. Prosiguió el santo sacrificio de la misa, y luego, tomando aquello por asunto, hizo un largo y fervoroso sermón en que refirió muchas particulares circunstancias de aquel lastimoso terremoto, y acabó diciendo..... Yo no sé como es esto: no me crean á mí, esperen á que vengan cartas..... Halláronse presentes D. Sebastian Lopez de Ayala, D. Martin Verástegui, y algunas otras personas de carácter. D. Martin tuvo la curiosidad luego que salió de la iglesia de apuntar el dia y las circunstancias que todas se hallaron muy conformes á la verdad. En otra ocasion volvió diciendo..... Rueguen á Dios por la alma de Doña Nicolasa Pereira, muger del teniente de los Alamos, que anoche murió; era buena muger, pero se haya en gravísimas penas por algun exceso en el alino de su cuerpo. La dicha señora habia muerto muchas leguas de allí, de donde en tan corto tiempo no podia llegar noticia, la que se tuvo despues de dos dias. Habiendo salido del real presidio de la villa la compañía de soldados arreglados para la sierra de *Chinipas* á reparar cierta invasion de los tarau-mares, iba de capitán D. Nicolás de Ibuera, vecino honrado del lugar. Algun tiempo despues de su partida, saliendo de la iglesia el padre Urquiza, llamó al indio sacristan llamado Francisco Hernandez, indio de mucha razon y de notoria cristiandad... Francisco (le dijo) ¿has oido algun rumor de llanto, ó cosa de novedad en casa del capitán Ibuera? Diciéndole el indio que no sabia que hubiese novedad, y que le hacia fuerza la pregunta, el padre, como corrido, añadió.... No sé de donde se me ofreció preguntarte esto; yo de la casa no sé nada, ni tú le digas cosa alguna. Pasó esto, y á pocos dias llegó el general D. Andres Rezabal con noticia de haber muerto D. Nicolás Ibuera el mismo dia en que el padre hizo aquella misteriosa pregunta. Murió algunos años despues este mismo indio (Francisco Hernandez) y pasado mucho tiempo, estando el padre Antonio rezando en la iglesia, y

esta llena de gente por ser día de mucha solemnidad, se levantó improvisamente de su lugar, y penetrando por medio de todo el concurso que le miraba con espanto y veneracion, fué á ponerse sobre el mismo sepulcro de aquel indio, y prorrumpió diciendo en alta voz.... Este que está aquí le llamaban el *Chico*, ya está grande.... ya está grande.... Era buen cristiano, y sirvió fielmente á Dios en esta iglesia. ¡Dichoso él, está gozando de Dios.... Luego, como avergonzado, añadió: Digo que quizás estará ya en el cielo.\* Contaba uno de los padres que recién llegado á las misiones por falta de ayudante solia decir solo la misa. Quedábale de esto algun escrúpulo, hasta que entrando al colegio de Sinaloa á ciertos negocios encontró al padre Urquiza, quien en lugar de otra salutacion le dijo solamente.... Padre mio, bien se puede decir la misa sin ministro. Era fama comun que le visitaban las almas del purgatorio, ó para pedirle ó para agradecerle sus oraciones y sufragios. Varias veces (dice el citado capitán D. Sebastian Lopez de Ayala) decia en el tiempo de la misa de algunas personas que morian muy lejos de allí, nombrándolas, que las encomendaran á Dios y aplicaran aquella misa por su alma. Entre tantas divinas ilusiones no le faltó la noticia de su muerte. Se observó que mucho tiempo ántes, numerando los jesuitas sepultados en la iglesia de Sinaloa, despues del último tiempo ántes de enterrado se contaba á sí mismo, como efectivamente aconteció. En su entierro, faltando alhajas de que apoderarse la devocion, le despedazaron sus vestiduras, le cortaron los cabellos, y aun hubieran pasado adelante á no impedirlo los padres. Falleció el día 12 de enero.

1725.  
Casa de ejercicios en Puebla.

A la mitad del siguiente año de 1752 entró á gobernar la provincia el padre Gaspar Rodero, que ya habia vuelto de Roma con una muy numerosa mision por setiembre de 1723. Uno de sus primeros cuidados fué la subsistencia y restauracion de la residencia de Chihuahua, que por las muchas deudas y atrasos estaba muy próxima á su ruina. Señaló el padre provincial por superior de aquella casa al padre *Constancio Galazati*, quien por la estrecha familiaridad que tenia con D. Manuel de San Juan y Santa Cruz, y benevolencia de otras muchas personas, á costa de muchas fatigas puso en corriente las fincas con que

\* Es probable que en el momento de estar rezando lo hubiese visto bienaventurado, y que entusiasmado de gozo con esta vision se hubiera salido de sí y encamiándose al sepulcro; de otro modo no se puede entender esto.

hasta hoy se mantiene aquella residencia. Por este tiempo el Illmo. Sr. D. Benito Crespo, obispo de Durango, compadecido como celosísimo pastor de la pérdida de tantas almas como habitan la parte septentrional del Nuevo-México y provincias de Moqui, intentó pasar personalmente á la reduccion de aquellos pueblos. Determinaba llevar consigo algunos jesuitas, sabiendo lo que tantas veces se habia dicho, que no consentirian aquellos bárbaros la entrada á otros misioneros. Escribió para este efecto á los superiores de la Compañía; pero ni á estos, ni al padre rector de Guadiana pareció conveniente hacerlo en el modo y forma que disponia su Illma., que era entrar por el Nuevo-México. El padre Agustin de Campos, que era uno de los sugetos que pensaba llevar el Sr. obispo, consultado sobre este asunto como hombre de tan larga esperiencia en treinta y dos años de misionero, en tantos viages hasta cuasi las mismas fronteras de Moqui, y que tanto habia deseado esta entrada, respondió que entrando por el Nuevo-México, cuyo gobierno aborrecian los moquis, no habian de permitir el paso á su tierra, pensando que querrian sujetarlos á la obediencia de aquella provincia: que por la Pimería era el camino mas corto cerca de doscientas leguas, mas poblado, y mas seguro para no dejar espuesta la Sonora á las invasiones de los apaches; que aunque fuese al lado y sombra del Illmo. siempre se daria justo motivo de queja á los reverendos padres de S. Francisco, si pasando por medio de sus tierras y misiones se entrasen los jesuitas al Moqui; y finalmente, que por aquel rumbo no podia mantenerse la disciplina y modo de gobierno que usa en sus misiones la Compañía, por el estravío de las órdenes superiores, y ninguna comunicacion y mútuo alivio de aquellos sugetos con el resto de los misioneros. Estas poderosas razones obligaron á omitir por entonces al Sr. obispo aquella jornada, que no sabemos volviere á intentar en lo de adelante; pero lo que no pudo hacer por aquellas naciones hizo con el mayor esfuerzo por la conversion de los pimas, escribiendo á S. M. repetidos informes hasta conseguir se enviasen á aquella desamparada viña tres nuevos operarios, como veremos á su tiempo. Entre tanto, por orden del muy reverendo padre general debió pasar á Europa el padre Gaspar Rodero, destinado á la procuraduría general de las Indias. Por su ausencia se abrió el segundo pliego en que se halló nombrado provincial el padre Andres Nieto, actual rector del colegio máximo. En su lugar entró en aquel rectorado el padre Juan Antonio de Oviedo, que desde principios del año de 25 habia vuelto de Filipinas. El autor de la vi-

da de este insigne jesuita, pone estos sucesos en junio del año de 1727, en que se equivocó notablemente, pues fuera de otras muchas razones, basta que por noviembre de 1726 en que se celebró la vigésimaquinta congregacion provincial, ya gobernaba el padre Nieto que la presidió, como veremos adelante.

Por este tiempo falleció en Guatemala el padre Ignacio de *Azpeytia* natural de aquella misma ciudad, y uno de los jesuitas que más la han ilustrado con sus trabajos y ejemplo. Sin más caudal que diez mil pesos, fiado en la Providencia de Dios, y en las limosnas que solicitaba personalmente, emprendió, y perfeccionó despues de veinte años de fatigas, el templo de nuestro colegio, uno de los más hermosos y bien adornados de toda la América. A este siguió la fundacion y fábrica del colegio Seminario de S. Borja, que tanto ha despues ennoblecido la ciudad. Se fundó muy á los principios del siglo no sin bastantes contradicciones que venció el padre *Azpeytia* para obtener las licencias necesarias, á espensas por la mayor parte de la muy noble y virtuosa señora doña Teresa de Loyola, quien fuera de diez mil pesos que dió para dotacion de cuatro veces para otros tantos jóvenes de Chiapas, donde su marido D. Pedro Gutierrez habia sido gobernador, entrándose luego en el religiosísimo convento de la Concepcion, dejó al dicho colegio el resto de sus bienes. El padre *Azpeytia* lo estrenó con solos diez colegiales, y lo gobernó por algun tiempo, estableciendo en él aquellos ejercicios de letras y de piedad con que hasta ahora florece. Atendia el padre á estas obras públicas sin faltar jamás á las espirituales distribuciones que prescriben nuestras reglas. Era constantísimo en la oracion espiritual y cuotidianos exámenes, estremado en la pobreza, á pesar de las instancias con que procuraban proveerle de todo sus acomodados hermanos y parientes. En tantos años como vivió en Guatemala, que pasaron de cuarenta, teniendo á uno de sus hermanos muy cerca del colegio, jamás pidió ni admitió su coche, sino solas tres veces, aun en la postrera ancianidad estando ya muy enfermo de las piernas. Fué de una maravillosa abstinencia, ó por mejor decir, de un perpetuo ayuno toda su vida. Vestía un áspero jergon de cáñamo, y dormía sobre un colchonsuelo tan delgado, que nada disminuía la dureza de las tablas. Sus más secretas mortificaciones dieron á conocer los horrorosos silicios, y las camisas ensangrentadas que se hallaron en su muerte acaecida en siete de junio de 1726.

En la Casa Profesa acabó su vida mortal el padre *Joaquin Camargo*

natural de Celaya, actual prefecto de la ilustre congregacion del Salvador. Fué de muy aplaudidos talentos para la cátedra y el púlpito, á que sin embargo de sentir una gravísima repugnancia, se sacrificó por la obediencia los últimos años de su vida. Su modestia, circunspeccion y guarda de los sentidos, sería admirable en el más fervoroso novicio. Por este medio logró conservar intacta la pureza sin sentir en esta materia el más ligero escrúpulo en todo el tiempo de su vida religiosa, aun en medio de continuas y féisimas tentaciones, con que le combatía el comun enemigo. Era observantísimo de la religiosa distribucion, especialmente de la oracion por la mañana, á que añadía muchos otros ratos recogiendo á esto cuatro ó cinco veces al dia. Murió el dia 29 de octubre.

En 2 de diciembre le siguió el padre *Pedro Spectiali* natural de Ancona, una de aquellas almas privilegiadas á quienes previene el cielo con particulares bendiciones. Su tenor de vida, su edad, su muerte, fué una entera semejanza del angélico joven S. Luis Gonzaga. El mismo fervor en dedicarse á Dios desde luego que pudo conocerle con uso perfecto de la razon y en cortar la raiz de todo deleite impuro con un muy temprano voto de castidad, el mismo deseo de mortificarse desde su más tierna edad, y las mismas ingeniosas industrias para ocultar su penitencia, la misma ternura para con la Virgen Santísima, la misma atencion interior de la divina presencia, el mismo continuo ejercicio de jaculatorias y actos de amor, que debilitándole la salud dieron lugar al mismo árduo precepto que se impuso á S. Luis, y le hicieron tan difícil como al santo la obediencia. Finalmente, la misma enfermedad de una lenta calentura, que con poca diferencia de años de salido de esta vida á los 28 de su edad, espiró la víspera de S. Francisco Javier, á los dos meses no cabales de ordenado sacerdote.

Poco ántes se habia, como apuntamos arriba, juntado en México la vigésima quinta congregacion provincial, en que presidiéndola el padre Andres Nieto, fué elegido secretario el padre Antonio de Peralta, primer procurador el padre Nicolás de Segura, rector del colegio de S. Ildefonso de Puebla. Segundo, el padre Juan Ignacio de Uribe, maestro de prima de teología en el colegio de México, y tercero, el padre Juan de Guendulain, visitador general que entonces era de las misiones. En la congregacion no se trató alguna otra cosa digna de memoria fuera de la pretension de que el dia 20 de mayo se celebrase fiesta anual de la conversion de nuestro Santo Padre Ignacio, lo que hasta el

Vigésimaquinta congregacion provincial.

presente no ha llegado á tener efecto alguno. Los padres procuradores se hicieron á la vela á la mitad del siguiente año de 1727. El padre Juan Ignacio Uribe, obtenida licencia de nuestro padre general, se quedó en la Europa de donde habia venido no mucho tiempo ántes.

1727.  
Temblores en Oaxaca llamados allí de Sr. S. José.

El año de 1727 fué fatal á la ciudad de Oaxaca por los continuados espantosos temblores con que por muchos dias se sacudió la tierra el dia 10 de marzo. \* El colegio de la Compañía, aunque recién edificado, siguió la fortuna de muchas otras fábricas que fué menester derribarlas para no perecer debajo de sus ruinas. Los padres pasaban la noche en chozas cubiertas de esteros (ó petates) que se habian levantado en la huerta. La iglesia, abiertas por muchas partes las bóvedas, no estaban mucho mas seguras; sin embargo, ningún peligro bastó para que en aquella comun consternacion se dejasen los ordinarios ministerios de cuaresma en confesonario y púlpito, cuyo fruto era correspondiente al temor de que estaban tan saludablemente prevenidos los ánimos. Para aplacar la ira del cielo, se resolvió llevar en procesion á la catedral, y hacer allí un solemne novenario á la milagrosa imágen de la Soledad; se fijó la ceremonia para el dia 18 de marzo, y estándose ya formando, al salir de su iglesia la soberana imágen, sobrevino un nuevo terremoto mucho mas violento que todos los pasados. Corrieron todos fuera de sí por espanto, y nadie pensaba ya en la devota procesion á que habian concurrido. † En esta turbacion, dos padres, subiendo el uno el púlpito, y saliendo el otro al cementerio, despues de haber

\* Fueron horribles los que despues sobrevinieron en aquella ciudad el dia 23 de marzo de 1787 de que dan idea exacta las gacetas del gobierno de aquel tiempo, y el del dia 4 de octubre de 1800, llamado del Rosario, en que vino á tierra la magnífica cúpula de de la iglesia de la Compañía.

† *Multa renascentur* habia dicho Horacio: los sucesos se repiten en el mundo, y en Oaxaca se ha verificado al cabo de sesenta años lo mismo que refiere el padre Alegre. En la mañana jueves del dia 29 de marzo de 1787, salió igual procesion de nuestra Sra. de la Soledad de Oaxaca, cuya órden ví yo dar al Sr. obispo Ortigosa en medio del pátio de su palacio á las doce del dia anterior, donde estaba sufriendo los vaivenes de la tierra y absolviendo desde allí al campanero de la Catedral que pedia, dando horribles gritos, misericordia, decia que no podia bajar por el caracol porque lo escupia la tierra. Efectivamente, salió la Virgen; mas al pasar bajo el arco de la puerta del cementerio fué tan violento el vaiven de la tierra, que abriéndose el arco se creyó que se desplomaba la clave sobre la cabeza de la imágen; entonces se oyó un grito de muchas personas que poblaban aquel vasto cementerio, se retiró la imágen y continuó la grito inconsolable de las gentes que afligian estraordinariamente á los que estaban presentes.—EE.

hecho fervorosos actos de contricion, animaron la confianza del concurso en la poderosa intercesion de la Madre de Dios, á cuyo favor se habian acogido, y del Santísimo Patriarca Sr. S. José, en cuya vispera estaban.

A estas voces, como de un profundo letargo volvió en sí la muchedumbre, y depuesto todo pavor, se ordenó lucidamente la procesion y se llevó á la Catedral la devota estatua. Despues de los nueve dias fué jurado solemnemente patrono de la ciudad contra aquel terrible azote el Santísimo Patriarca Sr. S. José, á cuya proteccion se atribuia que en tantas ruinas de edificios y en tan peligrosas hendiduras de otros, y en tan fuertes y continuados temblores no hubiese muerto alguno, ni aun enfermado de peligro, saliendo al aire y durmiendo en las plazas y en el campo tantos achacosos de graves y maliciosos accidentes.

Pagó aquella nobilísima ciudad á los jesuitas sus buenos oficios, juntando entre los primeros republicanos *seis mil pesos* para reedificar su casa é iglesia. Entre los demas ciudadanos no faltaron tambien muchos que contribuyesen con sumas considerables. Gran parte se debió á la liberalidad del padre Dr. Juan Narciso de Robles, que habiendo sido ántes canónigo de aquella Santa Iglesia Catedral, por el singular amor que tenia á aquel colegio, donde habia concebido la resolucion de entrar en la Compañía, aplicó de sus bienes *seis mil pesos* para esta, entre otras muchas obras pías. El noble caballero D. Sebastian de S. Juan Santa Cruz, reedificó y adornó la capilla de nuestra Señora de los Dolores, con espensas de mas de *doce mil pesos*.

Nuestra provincia tuvo por este tiempo la mayor satisfaccion que podia apetecer en el reconocimiento, visita y ventajoso testimonio que dieron de las apostólicas fatigas y trabajos de sus religiosos los dos celosísimos pastores el Sr. Dr. D. Nicolás Gomez de Cervantes, obispo de Nicaragua, y el Illmo. Sr. Dr. D. Benito Crespo, obispo de Durango. Visitó el primero personalmente las nuevas misiones del Nayarit, y quedó sumamente consolado de la paz y tranquilidad en que vivian aquellos, poco ántes fieras. No se cansaba de dar gracias al Señor y á los padres misioneros de ver tanta docilidad é instruccion en aquellos bárbaros, tantas, aunque pobres y pequeñas iglesias levantadas al verdadero Dios en aquel alcázar de la idolatria. En efecto, segadas las inquietudes primeras de los nayaritas desde el año de 1725 con la reformation de la tropa que se redujo á solo cincuenta hombres

Estreno de la casa de ejercicios de Puebla.